

AMÉRICA LATINA ANTE EL SIGLO XXI*

Helio Jaguaribe

INSTITUTO DE ESTUDOS POLÍTICOS E SOCIAIS - SAO PAULO - BRASIL

El cuadro internacional

El proceso de globalización, en esta su tercera ola tecnológica, que se desarrolla a partir de la Segunda Guerra Mundial y adquiere particular intensidad desde el último tercio del siglo XX, tuvo, entre muchos efectos, el de inviabilizar los Estados nacionales débiles.

Las nuevas formas de presión internacional no se manifiestan por modalidades ostensivas de control de las "provincias" o "colonias" por intermedio de procónsules o virreyes, respaldados por fuerzas militares y por una burocracia imperial. En el caso, de lejos el más importante, de control internacional, el ejercido por los Estados Unidos, el proceso se realiza por intermedio de poderosísimos constreñimientos, de carácter financiero, económico-tecnológico, cultural, político y, en casos extremos, por intervenciones militares. Esos constreñimientos compelen a los dirigentes locales, les guste o no, a actuar de conformidad con las conveniencias del mercado financiero internacional y someten sus países, endógenamente, al control de grandes multinacionales y, exógenamente, a las demandas de Washington. Subsisten, en esas nuevas "provincias", los aspectos formales de su soberanía: himno, bandera, ejércitos, hasta elecciones "libres", cuando se trata de sociedades democráticas. Pero las cosas que interesan al mercado financiero internacional, a las multinacionales y a Washington, se hacen de conformidad con sus intereses.

En ese cuadro de nueva dependencia, de él se libran, en gran

* Conferencia dictada en la Facultad de Ciencias Económicas, UBA, el 20 de octubre de 2004, en el marco del VI Simposio Internacional sobre América Latina y el Caribe.

medida, por un lado, los integrantes de la Unión Europea que, desde los principios de su integración, en ella encontraron la forma de preservar lo esencial de sus intereses nacionales y de su destino histórico, aunque renunciando, a favor de autoridades europeas supranacionales, a una significativa parcela de su precedente autonomía. Por otro lado, países continentales como China e India y, en grado menor, Rusia, aquellos, por su alto grado de autarquía y esta por su remanente y aún importante poder nuclear, logran preservar un elevado grado de autonomía internacional.

En ese cuadro, Japón ocupa una posición intermedia, en la cual, en compensación de su firme posición de aliado de EUA, dispone de un significativo margen de autonomía interna, del que dispone como precio para no convertirse en aliado de China.

Los países islámicos se encuentran en una situación ambigua. De un modo general, el problema del mundo islámico resulta de la extrema dificultad de que el islamismo, como religión integradora de lo religioso-cultural, de lo político y de lo civil en la unidad de la "umma", se resiste a modernizarse. Solo Turquía logró hacerlo, pero tuvo, para tal, que renunciar al integrismo islámico y convertirse en un Estado laico, de tipo occidental, que aspira, por tal razón, a ingresar en la Unión Europea. Los demás países islámicos oscilan entre la manutención de regímenes oligárquicos, respaldados por EUA a cambio de su alianza político-militar y sumisión a sus intereses financieros, o mantienen posiciones de una difícil independencia del poder americano, como Irán o Siria, corriendo el riesgo de agresiones militares, como la desencadenada contra Iraq.

El caso de Corea del Norte es también especial. El país mantiene, con brutal sacrificio para su sociedad civil, un importante sistema militar, probablemente respaldado por la posesión de algunas armas nucleares, sistema que mantiene como rehén a Corea del Sur, aliada esencial de EUA y con eso torna extremadamente elevado el costo de una agresión militar por la superpotencia.

En ese cuadro, América Latina ocupa una posición también ambigua. Los países centroamericanos y caribeños, con excepción de Cuba, son totalmente dependientes de EUA y orientados hacia tal situación. México mantiene apreciable margen de autonomía política doméstica, predominantemente debida a su poderosa cultura nacional, pero se encuentra sometido a un doble constreñimiento: externamente, por el acuerdo NAFTA y, domésticamente, por la

creciente predominancia de multinacionales americanas.

En Sudamérica, Brasil y Argentina mantienen importantes márgenes de autonomía interna, aunque crecientemente erosionada por la igualmente creciente internacionalización de sus respectivas economías. Chile optó por su integración en el sistema financiero internacional, convirtiéndose en una "provincia" controlada por ese sistema y reducida a la condición de productor de cobre y de materias primas alimenticias. Los países andinos están en crisis de viabilidad nacional, con gobiernos que buscan seguir el "Consenso de Washington" y sociedades en elevado estado de desintegración.

En ese cuadro se consolida la importancia de Mercosur, como sistema subregional de integración y posible núcleo duro de la formación de un sistema sudamericano de cooperación y libre comercio, conforme al proyecto sostenido por Brasil y Argentina. Sin embargo, el Mercosur atraviesa un momento difícil porque su configuración institucional y sus procedimientos operatorios se quedaron limitados al libre intercambio comercial entre sus partícipes, lo que, presentemente, entra en conflicto con los intereses de desarrollo, por parte de Argentina, y de industrialización, por parte de Paraguay y Uruguay. Se vive así, en el Cono Sur, la contradicción entre la voluntad política de una alianza estratégica entre Brasil y Argentina, reconocida por la gente lúcida como condición necesaria para la supervivencia histórica de ambos países, y los conflictos puntuales, derivados de la presente inadaptación del Mercosur a un efectivo proyecto conjunto de desarrollo de sus partícipes.

Nacional - desarrollismo

Es oportuno, para la clarificación de las cuestiones de que trata este breve estudio, recordar lo que pasó con América Latina como consecuencia de la crisis de 1930. Esa crisis interrumpió bruscamente el curso de las transacciones tradicionales de América Latina con el mundo desarrollado. Ajustándose a su situación semicolonial, que convenía a sus elites dirigentes, dentro de condiciones sociopolíticas en que las masas campesinas, parte largamente mayoritaria de su población, no tenían poder de interferencia, América Latina se había convertido en gran exportadora de productos primarios, que generaban las divisas que le permitían la importación de los bienes durables demandados por su elite.

La crisis de 1930 condujo a una tremenda devaluación de los precios de las exportaciones de América Latina, no permitiendo más sus usuales importaciones de durables. Eso forzó a los países de la región a un espontáneo esfuerzo de sustitución de importaciones. Es en ese cuadro que CEPAL, en los años 40, propone a Latinoamérica un proyecto de programada industrialización, acoplado a una propuesta de integración regional. Poco se logró, en materia de integración, en Centroamérica y Sudamérica pero, para los países de más grandes dimensiones, mucho se alcanzó en materia de industrialización, como los casos más notables de Brasil, México y Argentina.

En esos mismos países se formuló, en los años 50, un nuevo proyecto nacional, que buscaba expresamente superar su condición semicolonial y proceder, activamente, a su industrialización, entonces entendida como condición necesaria y casi suficiente para lograr un pleno desarrollo. Ese proyecto, el nacional-desarrollismo, tuvo el más grande éxito, en México y Sudamérica, especialmente en el caso de Brasil. El nacional-desarrollismo, de profunda influencia cepalina, cambió significativamente la situación de los países que lograron implementar consistentemente su programa. Formose una importante industria nacional, especialmente en los casos de Brasil, México y Argentina, que pasó a autoabastecerse de gran parte de los bienes durables requeridos para su consumo.

No obstante su gran éxito, ese proyecto entró en crisis a fines de los años 70 porque se agotaron, a nivel nacional, las posibilidades de crecimiento por sustitución de importaciones y no se lograron, como preconizaba CEPAL, satisfactorios ajustes de integración regional o subregional. Los intentos de integración centroamericana, andina y sudamericana se dieron más en los tratados que en la realidad. La decisiva ampliación de mercados que las integraciones podrían haber proporcionado a los países de la región, compensándolos del agotamiento, a nivel nacional, de su capacidad de sustitución de importaciones, se quedaron en términos de buenas intenciones. Con eso volvió el escenario de dependencia, ya ahora bajo un ropaje ideológico justificativo, el neoliberalismo.



Neoliberalismo

A partir de los años 80 América Latina cayó bajo la dominación de un "pensamiento único", la ideología neoliberal. Trátase de una ideología que responde a los intereses de los países altamente desarrollados, generado en la Gran Bretaña de Thatcher y en los EUA de Reagan, que es presentado, académicamente, como la más avanzada forma de pensamiento económico.

El neoliberalismo se caracteriza por la demonización del Estado y por la divinización del mercado. El Estado significa interferencia autoritaria e incompetente, frecuentemente corrupta, en la economía de un país, cercenando el libre funcionamiento del mercado. Este, opuestamente, representa una modalidad democrática y liberal de libres acuerdos para fines productivos y distributivos, que aseguran la formación de precios representativos de las relaciones de oferta y demanda y, en consecuencia, estimulan la producción de bienes al nivel de su respectiva demanda, en términos competitivos, que maximizan el volumen y la calidad de la oferta y minimizan los precios. Entre los más importantes corolarios del neoliberalismo figuran la no intervención del Estado, la más amplia apertura de los mercados nacionales al mercado internacional; la no discriminación del capital extranjero, relativamente al nacional y la adopción de medidas que estimulen la actividad de las empresas. Por otro lado, en el terreno financiero, se preconiza el más estricto equilibrio macro-económico en lo que se refiere a la moneda, al cambio y a las finanzas públicas. Esas son las prescripciones del famoso "Consenso de Washington" que marcó el rumbo, explícita o implícitamente, de las economías latinoamericanas de los años 80 a nuestros días.

Los resultados, como hoy es consensual, fueron desastrosos. Elevose dramáticamente el endeudamiento externo y doméstico de los países, como contrapartida de su estabilidad macroeconómica; y se estableció una continuada recesión de sus economías, agravando el subdesarrollo de América Latina.

Ante ese cuadro catastrófico, los defensores del neoliberalismo sostienen la tesis de que las cosas no funcionaron bien porque no se llevó el programa neoliberal a sus debidas consecuencias. Habría que comprimir mucho más el gasto público; elevar más el superávit primario; crear más atractivos para el capital extranjero; reducir todavía más las dimensiones y las intervenciones del Estado.

En respuesta frontal a la ideología neoliberal está surgiendo, en Latinoamérica, un neodesarrollismo que sostiene, opuestamente, la necesidad de volver a fortalecer el Estado, como principal agencia de promoción del desarrollo y regulación de la economía. Por otro lado, estudios de Aldo Ferrer y otros autores muestran cómo es falaz la tesis de que el desarrollo depende del capital extranjero. Tales estudios indican cómo la contribución del capital extranjero, en los casos más favorables, constituye algo como 5% del aporte total de capital. Lo que desarrolla los países es el incremento del ahorro doméstico y la selectiva y eficaz aplicación de su propio capital en inversiones de infraestructura, industrias de alta tecnología y en proyectos sociales prioritarios.

Como señalan diversos autores, incluso el de estas líneas, el gran desafío con que hoy afronta el neodesarrollismo es el de compensar, mediante apropiadas integraciones regionales y subregionales, la relativa pequeñez de los mercados domésticos. Hasta Brasil, con sus dimensiones semicontinentales y población de más de 180 millones de habitantes, necesita la integración del Cono Sur y de Sudamérica, en general, dado el hecho de que los sectores de su población, dotados de satisfactorias condiciones de consumo, representan, apenas, algo como 40% de su población.

Nuevo desarrollismo

El proyecto neodesarrollista afronta, en América Latina, con una multiplicidad de problemas, tanto a nivel regional como sobre todo a nivel nacional. Reduciendo la cuestión a sus aspectos más fundamentales se puede decir que, a nivel nacional, el problema básico resulta del alto grado de desarticulación del Estado y de desnacionalización de las economías que se hereda del periodo neoliberal. A nivel regional, el problema resulta, en lo que se refiere al norte de América Latina, del excesivo grado de dependencia estructural que los países de la región tienen con Estados Unidos. En lo que se refiere a Sudamérica, el problema resulta, en parte, de la excesiva asimetría existente entre Brasil y Argentina, por un lado, y los demás países, por otro. Esa asimetría, asimismo, se hace sentir entre Brasil y Argentina, especialmente por la devastación del parque industrial argentino deliberadamente practicada por largos años de políticas neoliberales. Por otro lado, el elevado grado de desinte-

gración social que afecta los países andinos dificulta su integración regional y reduce, dramáticamente, la capacidad regulatoria de sus respectivos Estados.

Consideremos, con relación a las dificultades a nivel nacional, el caso de Brasil, la más importante economía sudamericana. Ese país presenta los más favorables aspectos para lograr un elevado nivel de desarrollo autónomo: territorio semicontinental, lleno de recursos naturales, 180 millones de habitantes, el más importante parque industrial del Tercer Mundo, una consolidada democracia. Sin embargo, vistas las cosas más de cerca, se observa que el país estuvo sometido, hasta 2003, a más de veinte años de estancamiento. La Unión, concentrando más de 25% del PIB, no tiene, sin embargo, un centavo libre para significativas inversiones prioritarias. La deuda interna representa cerca de 60% del PIB y su servicio consume 1/3 de los gastos federales. La previsión social, por su lado, tiene un déficit que representa algo como 4% del PIB. Obcecado con una visión ortodoxa de combate a la inflación, que continuamente amenaza la economía del país, el Banco Central impone (situación en septiembre de 2004) una tasa de intereses de 16,25% al año, o sea, más de 10% en términos reales, al mismo tiempo estrangulando las finanzas federales e inviabilizando la capacidad de inversión del sector privado. A ese cuadro se suman aspectos sociales extremadamente negativos. Por un lado, una de las más altas tasas mundiales de desigualdad, en que el nivel suntuoso de vida de la elite, que supera, en promedio, el nivel de vida de los sectores más altos de Europa, contrasta con 1/3 de la población en situación de gran pobreza o miseria y con otro tercio de brasileños viviendo en niveles extremadamente modestos. Esa desigualdad tiene largo origen histórico y deriva, sobre todo, del insuficiente nivel educacional de la mayoría de la población. Por otro lado, se observa un gravísimo fenómeno, que es el veloz crecimiento de gigantescos márgenes de marginalidad alrededor de las grandes metrópolis del país, compuestos por gente que integra el tercio extremadamente pobre o miserable de la población, totalmente carentes de educación; en ese ámbito se instalan núcleos de narcotraficantes que la policía no logra controlar y para cuyas actividades las poblaciones marginales proporcionan un ilimitado ejército de reserva.

A despecho de su importante nivel de industrialización, la economía brasileña acusa un elevadísimo índice de desnacionalización,

47% de las 500 más importantes empresas del país son controlados por multinacionales.

En ese cuadro, los intentos progresistas del gobierno Lula, que ahora se aproxima a concluir el segundo año de su mandato cuatrienal, conducen a resultados modestos, en términos de crecimiento económico y más, todavía, en lo que se relaciona con la promoción de un significativo cambio de la estructura social del país. ¿Qué puede hacer, a nivel nacional, un país como Brasil y, como él, los demás países de la región?

Sobrepasaría las dimensiones de este breve estudio cualquier intento de presentar una elaborada respuesta a esa cuestión. Basta mencionar el hecho de que lo que está efectivamente en juego es, en la medida en que sea técnicamente posible y políticamente viable, formular e implementar un modelo económico alternativo al actual modelo de "equilibrio estático", heredado del neoliberalismo. El autor de estas líneas viene sosteniendo que sí es posible formular y poner en ejecución, en términos técnicamente correctos y sociopolíticamente viables, un modelo alternativo de "equilibrio dinámico". Modelo de cuyo éxito se tiene, en Brasil, un ejemplo concreto, con el gobierno de Juscelino Kubistchek, de 1956 a 1960, como lo indico en un reciente estudio (*Urgências e Perspectivas do Brasil*, IEPES, Rio de Janeiro, 2004). Recibiendo el gobierno, en 1956, en condiciones políticas y económicas incomparablemente peores que las encontradas en 2003 por el presidente Lula, Kubistchek fue capaz de elevar en cerca de 143% el PIB brasileño, promoviendo un crecimiento industrial, de 1956 a 1961, sucesivamente, de 16,8%, 12,9%, 10,6% y 11,1%. En todo ese proceso, ejercido en las más democráticas condiciones, mantuvo un promedio inflacionario anual de 20%. Habiendo recibido una sociedad agraria, dejó una sociedad industrial, con el más importante parque industrial del Tercer Mundo. Pudo decir, con justificado orgullo, que realizó en cinco años la tarea de cincuenta años.

Ese modelo, con las adaptaciones requeridas por las nuevas condiciones del mundo, especialmente las consécuencias del avanzado proceso de globalización, continúa siendo posible para países dotados de satisfactorias condiciones para su desarrollo, como seguramente ocurre en los casos de Argentina y Brasil. Esa adaptación se refiere, sobre todo, a la actual imposibilidad de promover el desarrollo en el estricto marco de los Estados nacionales, aun en el

caso de un país semicontinental como Brasil, por causa, como ya he mencionado, de sus limitaciones sociales. El neodesarrollismo, en las presentes condiciones, no puede más ser simplemente nacional y tiene que ser regional o subregional.

El caso de América Latina

Sobrepasaría, una vez más, las dimensiones de este breve estudio, un intento de discutir, más pormenorizadamente, el problema del desarrollo, en las condiciones actuales de América Latina. Por ello, limitaremos la discusión al caso de Sudamérica y al caso especial de México.

Los países latinoamericanos no tienen más condiciones suficientes para un desarrollo puramente nacional como, para algunos, fue posible hacerlo de 1950 a mediados de 1970. Para compensar los efectos derivados de la globalización y, recientemente, del unilateralismo imperial del gobierno americano, la única solución posible, en América Latina, como ocurrió en Europa, es la integración regional o subregional.

Importa, de entrada, distinguir la situación de los países sudamericanos de la de México y de Centroamérica. El amplísimo grado de integración, tanto *de iure*, con NAFTA, como *de facto*, para el sector norteño de América Latina, con Estado Unidos, imprime a ese sector características propias. Hay que discutir, así, el caso de Sudamérica y, diferenciadamente, el caso particular de México.

Reduciendo la cuestión a sus aspectos fundamentales, se puede decir que el desarrollo de los países de América del Sur y sus posibilidades de integración regional dependen, sin perjuicio de otros factores, de la medida en que se constituya, estable y confiablemente, una recíproca y ventajosa alianza estratégica entre Brasil y Argentina. Un poco, análogamente, a lo que la alianza franco-alemana representó en Europa.

De la solidez y confiabilidad de la alianza argentino-brasileña depende la posibilidad de consolidación del Mercosur, con sus actuales participantes, o mejor aún, incorporando a algunos otros países. A su vez, de la consolidación del Mercosur depende la formación de un sistema sudamericano de cooperación y libre comercio, que se constituya como un importante sistema autónomo en el escenario internacional. Vale mencionar, a ese respecto, que esa alternativa,

por lo menos en lo que se refiere a Mercosur, significa el relanzamiento del proyecto ALCA, formulado por EUA.

En la actualidad, tanto los gobiernos Kirchner y Lula como los sectores esclarecidos de Argentina y Brasil están convencidos de la absoluta necesidad de esa alianza estratégica. Se trata, para ambos países, de la condición de que depende su supervivencia histórica. No obstante la efectiva voluntad política, por parte de ambos países, de constituir una sólida alianza estratégica, importantes obstáculos se están oponiendo a ese objetivo. Surgen continuas peticiones, suscitadas por Argentina, relativas a los efectos negativos, sobre su mercado nacional, que derivan de la superior competitividad de diversos productos brasileños, de la línea blanca a los coches, del calzado a las telas, etc. Esas reivindicaciones, presentadas por los correspondientes sectores industriales argentinos, no son arbitrarias, aunque entran en conflicto, frontalmente, con las reglas de intercambio adoptadas por Mercosur.

Esas reivindicaciones indican la urgente y absoluta necesidad de reverter el sistema macroeconómico de Mercosur. Ocurre, de hecho, que ese sistema, originariamente concebido como un mecanismo para la conjunta promoción del desarrollo de los países participantes, se convirtió, por influencia del neoliberalismo de los últimos años, en un mero régimen de intercambio comercial. En tales condiciones, el sistema no funciona, debido a que hay una excesiva asimetría entre las economías de Brasil y de Argentina. Esta, afectada por un largo y radical neoliberalismo –que en Brasil fue mucho más matizado– condujo al aplastamiento de la industria nacional argentina. El PIB brasileño se tornó tres veces más grande que el argentino. El intercambio comercial entre los dos países aunque, en los últimos diez años produjo saldos positivos para Argentina, se convirtió en un intercambio de productos primarios argentinos, de bajo valor agregado, por productos industriales brasileños, de alto valor agregado. En tales condiciones, Argentina no dispone de posibilidades de volver a industrializarse.

La indispensable alianza argentino-brasileña tiene que fundarse en un proyecto común de desarrollo. Eso requiere la adopción de una política industrial común, la formación de importantes empresas binacionales que hagan significativas inversiones industriales en Argentina y promuevan una inteligente y equilibrada articulación de las cadenas productivas de cada uno de los dos países.

Importa, igualmente, adoptar importantes innovaciones en el sistema financiero. Hay que avanzar, a no demasiadamente largo plazo, para instituir condiciones que permitan la adopción de una moneda común, a ejemplo del euro europeo. Mientras ese objetivo no se alcanza, hay urgentes medidas financieras a adoptar. Eso implica la institución de una agencia financiera común para Mercosur, que regule apropiadamente las relaciones de pago e, incluso, como fue propuesto por el ministro Lavagna, adopte una moneda común para las transacciones mercantiles y turísticas, sin eliminar, de inicio, las monedas nacionales. Eso implica, lo que todavía más importa, la institución de un Banco Mercosur de Desarrollo, dotado de importantes recursos que opere, para Mercosur, como el BNDES opera para Brasil.

Esas medidas y otras del género permitirán el buen funcionamiento de Mercosur. A nivel micro, siempre habrá contiendas, tanto más frecuentes cuanto más se estreche la integración del Cono Sur. Pero si el sistema macroeconómico se concibe y se opera adecuadamente, las disputas micro no tendrán ninguna significación política, de la misma forma en que los litigios judiciales, en un país dado, no afectan su integridad.

La consolidación de una recíprocamente benéfica alianza argentino-brasileña consolidará, como necesaria consecuencia, el sistema Mercosur y la consolidación de este, a su vez, conducirá, también como necesaria consecuencia, a la formación y consolidación de un sistema sudamericano de cooperación y libre comercio. Con eso estarán instituidas las condiciones que asegurarán la posibilidad de un importante desarrollo económico-tecnológico y social de los países sudamericanos.

México

En cualquier estudio serio de los problemas de América Latina se impone una triple diferenciación, relativa a tres subsistemas o segmentos de la región: (1) México, (2) Centroamérica y Caribe y (3) Sudamérica.

Aunque geográficamente México sea parte de Centro América y participe, notadamente en el caso de Guatemala, de importantes aspectos étnico-históricos comunes, México es una gran y compleja sociedad, dotada de una poderosa cultura propia y de un alto nivel relativo de desarrollo, manteniendo, por otro lado, relaciones muy

especiales con Estados Unidos, todo eso requiere que se lo analice separadamente del subsistema centroamericano. En este breve estudio se discutió, aisladamente, el caso de América del Sur. Dado el hecho de que Centroamérica y el Caribe representen a un segmento muy pequeño de América Latina y se revistan, por otro lado, de características muy propias, las estrechas dimensiones de este estudio no permiten que esos subsistemas sean aquí examinados.

La adhesión de México al NAFTA constituía, para el país, una opción sin alternativa. La inmensa frontera terrestre común con Estados Unidos y una histórica tradición de toda suerte de intercambios, incluso clandestinos, a través de esa frontera, hacía necesaria su reglamentación. Un NAFTA de hecho precedía al *de iure*. Fue necesario institucionalizar una condición *de facto* preexistente, dotando a México de derechos que antes no poseía. Eso, no obstante, es manifiesto el hecho de que, tanto institucional como, sobre todo, operacionalmente, el régimen de libre comercio con EUA requiere, desde el punto de vista mexicano, importantes revisiones. Dejando de lado la cuestión muy particular de los trabajadores mexicanos que continuamente penetran ilegalmente en EUA, lo que demanda una solución propia, lo que necesita y puede recibir una urgente reformulación es el caso de las industrias americanas que se trasladaron al sur de la frontera, para beneficiarse de condiciones más baratas de producción y que, todavía, absorben todos sus insumos de Estados Unidos, cuando podrían obtenerlos, mayoritariamente, en el propio México.

Sin dar más extensa elaboración a ese tipo de problema, importa considerar la cuestión más amplia que es la medida en que México logre preservar su identidad nacional, en las condiciones de creciente predominio de EUA en su economía y de su creciente influencia cultural. Esa cuestión requiere que se la considere en el cuadro más amplio de América Latina.

El proyecto cepalino de una general integración latinoamericana se encontró decisivamente afectado por la medida en que, en el curso de la segunda mitad del siglo XX, el norte de América Latina cayó, de hecho o, con NAFTA, *de iure*, bajo el completo predominio de Estados Unidos. No hay que subestimar la creciente influencia universal de EUA, incluso en Europa y, seguramente, en América del Sur. Eso no obstante, hay manifiestas diferencias entre la América Latina del norte y la del sur. Con Centro América y el Caribe, con la excepción de Cuba, convertidos, de hecho, en

provincias del "imperio" americano, México no tenía cómo evitar el creciente predominio americano sobre su economía y, de forma más sutil, la creciente influencia sobre su cultura. En América del Sur, la existencia de dos importantes países como Brasil y Argentina, que mantienen, a despecho de la tremenda influencia americana, un apreciable margen de autonomía, opera como un contrapeso y preserva, por algún tiempo, la posibilidad de un desarrollo satisfactoriamente independiente para la región.

Es así que hay que diferenciar, en América Latina, tres distintos círculos: (1) el económico, (2) el cultural y (3) el político. Económicamente –a pesar de la ya mencionada, importante influencia general de EUA– hay que diferenciar una América Latina del norte, que orbita alrededor de Estados Unidos, de una América Latina del sur, que encuentra en el Mercosur, y específicamente en Brasil y Argentina; un centro alternativo de gravitación.

Desde un punto de vista cultural, entretanto, cabe resaltar la unidad básica de América Latina. Las diferencias, aunque significativas, entre lusófonos y hispanófonos, son poco relevantes, comparativamente a las características iberoamericanas comunes a todos. Viene al caso observar que esas diferencias son probablemente menos importantes que las que distinguen, en España, a un castellano de un andaluz. Ya desde un punto de vista político, habría que distinguir las situaciones en que las posiciones políticas son comandadas por intereses económicos, caso en que predomina la dicotomía norte-sur, de las situaciones en que la opción política tiene fundamento cultural –como ocurre con más frecuencia de lo que usualmente se piensa– caso en que predomina el sentido unitario de Latinoamérica.

América Latina, considerada desde un punto de vista cultural, no obstante la relativa importancia de los países andinos y de los centroamericanos, tiene su centro de gravedad en la triada México-Brasil-Argentina, describiéndola geográficamente de Norte a Sur. México representa, entre los pueblos hispanófonos, la más excepcional combinación de cultura popular y de cultura erudita. Es por su poderosísima cultura que México viene preservando su identidad nacional, a despecho del tremendo peso económico, cultural y político de su vecino del norte. Es por eso que reviste de un carácter especialísimo la relación entre México y América Latina. América Latina encuentra, en la cultura mexicana, uno de sus más

decisivos componentes, mientras que México encuentra, en su inserción cultural en Latinoamérica, la principal fuente, fuera de su territorio, de su identidad nacional.

Esa relevancia recíproca de México y América Latina tiene que ser algo nítido y permanentemente consciente para los dos lados de la relación y constituir el fundamento de la relación entre ambos. México no lograría continuar preservando su identidad sin su latinoamericanidad y América Latina culturalmente se quedaría irremediabilmente mutilada, si no la integra México.

Futuro de América Latina

Cabe concluir estas reflexiones sobre América Latina, ante el siglo XXI, con una breve consideración respecto, por un lado, del papel de América Latina en el mundo contemporáneo y, por otro, respecto de las condiciones de que depende el ejercicio de ese papel.

Creo que se puede afirmar, como algo de bastante indubitable, que uno de los principales problemas del mundo occidental y de los hombres que participen de su proceso modernizador, es encontrar una satisfactoria combinación entre la dimensión tecnológica y los valores humanistas. La tecnología perteneció al relativamente modesto dominio de los medios hasta la primera mitad del siglo XIX, mientras sobresalía el dominio finalístico de los valores, como el que contenía los más importantes objetivos a ser alcanzados por el hombre. Valores religiosos predominaron hasta fines del siglo XVIII, siguiéndolos los valores éticos, estéticos y cívicos. La tecnología, sin embargo, fue adquiriendo creciente importancia, en el curso de los últimos ciento cincuenta años y se tornó, de un medio, un fin en sí misma.

La creciente funcionalización del mundo contemporáneo, que se va acentuando en el curso del siglo XX y se convierte en predominante a partir de la Segunda Guerra Mundial, redujo a los hombres al significado de sus funciones. Estas, en consecuencia, asumen un papel cada vez más independiente del individuo. Valen por sí mismas y, con eso, se tornan un bien intercambiable. El hombre se convierte en su función de turno: desde el operario de turno al presidente de turno. El efecto final de esa funcionalización es hacer del hombre una entidad descartable donde cada funcionario es sustituible por otro equivalente.

El hombre descartable moderno fue llevado a convertir la tecnología de medio a un fin en sí mismo, porque la tecnología le proporciona poder y condiciones para atender sus demandas de consumo. El más amplio e irrestricto consumismo pasó a constituir el objetivo del hombre contemporáneo. El consumismo, sin embargo, presenta, inherentemente, un doble tipo de limitación. Por un lado, como hoy se tornó evidente, las altas condiciones de consumismo del hombre occidental no son generalizables para el conjunto de la humanidad. ¿Qué va a pasar, para citar un ejemplo evidente, cuando China adquiera una capacidad de consumo próxima a la occidental? ¿Es concebible que el número de coches *per capita*, en China, se aproxime al americano o mismo al europeo? Por otro lado, el puro consumismo no tiene respuesta para la dimensión trágica que es un inescapable componente de la vida humana. El consumista no tiene respuesta para los grandes desafíos de la vida y necesita, como el ebrio, rodearse de ilusiones hasta que los inevitables momentos trágicos evidencien su desnudez y lo precipiten en desamparada desesperación.

Los valores finalísticos, entretanto, no desaparecieron, aunque su vertiente religiosa haya perdido su antigua credibilidad. Los valores finalísticos subsisten en una visión humanista del mundo y el humanismo, además de continuar siendo contemporáneamente cultivado por filósofos, como Habermas, hombres de Estado, como Lula, escritores, como García Márquez y tantas otras personas, es un ingrediente constitutivo de la cultura latina, particularmente en pueblos como el italiano o el latinoamericano.

Es interesante observar, en la cultura occidental, la medida en que predomina, en el mundo anglosajón, la visión tecnológica del mundo, el *know how*, mientras en amplios sectores del mundo germánico y eslavo y, predominantemente, en el mundo latino, persiste un humanismo embutido en la vida cotidiana, un *know for*, que la gente practica, como la prosa de M. Jourdain, sin saber que lo hace. El humanismo, en Estados Unidos, es una especialidad académica. En América Latina, es una dimensión corriente de la vida de la gente. En las miserables *favelas* de Recife o en la periferia de Buenos Aires, hay una alegría que se traduce en el *trevo*, y una nostalgia que se expresa en el tango, mientras el Harlem americano es un sitio de frustración y de rechinar de dientes.

América Latina está demostrando, por un lado, una alta capaci-

dad de modernización y de desarrollo tecnológico pero, al mismo tiempo, mantiene un gran contenido humanista, desde su cultura popular a la erudita. El mundo contemporáneo no puede subsistir sin el más amplio respaldo tecnológico, pero el hombre contemporáneo no puede continuar viviendo sin incorporar el humanismo a su visión del mundo y a su cotidianeidad. América Latina está logrando con éxito una feliz combinación de capacitación tecnológica con los valores humanistas. Esa es la gran contribución de América Latina al futuro del mundo.

- Es preciso considerar, entretanto, el hecho de que esa decisiva contribución de América Latina, para sí misma y para el mundo, requiere que se ultime, a no demasadamente largo plazo, el doble proceso de modernización nacional y de integración regional o subregional. El proceso de globalización y otras circunstancias desfavorables están reduciendo, aceleradamente, el espacio de permisibilidad internacional de que todavía gozan los países latinoamericanos. Eso les impone un plazo históricamente corto, algo del orden de dos decenios, para que alcancen, autónomamente, un satisfactorio equilibrio de desarrollo económico-tecnológico y social y para que se consoliden el Mercosur y el sistema sudamericano de cooperación y libre comercio; son esas las condiciones, por otro lado, para que ese sistema logre formas estables y recíprocamente benéficas de cooperación con México.